

Gerardo MUNCK y Sebastián MANTILLA (eds.). *La calidad de la democracia: perspectivas desde América Latina.* Quito: CELAEP y Fundación Hanns Seidel, 2013. 299 pp. ISBN: 978-9942-9933-0-4.

El debate sobre la calidad de la democracia encuentra en este volumen una de las mejores recopilaciones logradas hasta ahora respecto a esta importante corriente de reflexión dentro de la política comparada y más en lo que respecta a la investigación realizada sobre

América Latina. Un primer mérito a destacar es que los coordinadores del volumen han sabido combinar una serie de textos aparecidos a lo largo de los años recientes (varios de ellos fueron mantenidos en su versión original inglesa), mismos que parten de establecer un importante puente de reconocimiento y discusión con los autores fundacionales de dicha literatura en el contexto internacional, como lo fueron los trabajos de Arend Lijphart, Philippe C. Schmitter, Guillermo O'Donnell o Leonardo Morlino, entre otros.

El texto se encuentra organizado en tres grandes apartados que intentan colocar las discusiones generadas por los aspectos conceptuales, metodológicos y empíricos de lo que implica situar la idea misma de calidad y su utilización concreta para definir y evidenciar la existencia de auténticas democracias. El asunto no es un problema menor a la luz de mostrar la importancia por generar un lenguaje común (o al menos indicar rutas plausibles) para determinar lo que ha funcionado de manera más o menos exitosa en el desarrollo de esta literatura, y al mismo tiempo alentar a la continuidad y profundización de investigaciones cada vez más amplias en torno a casos nacionales concretos en el marco de la región latinoamericana.

En la primera sección del libro, los trabajos de Gerardo Munck, Marcus André Melo y Sebastián Mazzuca revelan un mosaico de posturas que resalta entre otras cosas lo siguiente: la necesidad de diferenciar entre el concepto genérico de la democracia, a efectos de valorar si éste es sinónimo de manera automática o no de la calidad de la misma (como lo aduce Munck); reflexionar si los procesos o fases de democratización, vistos desde su desempeño y eficacia en términos de *accountability* (Melo), son suficientes para solventar las exigencias de requisitos previos de la propia definición genérica (propios de las corrientes constitucionales de alcance mayoritario), o bien deben aterrizarse más en la dimensión del desempeño y rendimiento plural de las políticas (*performance*) con que las instituciones muestran entonces variaciones sustantivas (de carácter proporcionalista y contextual) que se sujeten entonces a evaluaciones continuas con el fin de comparar al interior de las ramas de poder cuál es su capacidad de acceso y ejercicio eficaz del mismo (Mazzuca).

La segunda sección tiene la virtud de mostrar tres ejercicios de aplicación de mediciones comparadas de la región latinoamericana, lo cual permite al lector entender la racionalidad y alcance de las técnicas propuestas en dicho cometido. Un consenso interesante es que las dimensiones más comunes para emprender el estudio de la calidad democrática se remiten al entorno poliárquico marcado por Robert A. Dahl, si bien las reelaboraciones posteriores de dicha idea han ido tratando de extender aspectos diversos que la hagan pasar hacia aspectos no sólo legales o políticos, sino que cubran la presencia de derechos y garantías sociales, económicas e incluso culturales.

Con ello, la operacionalización de las variables encuentra matices de condiciones «ex ante» centrados en la definición de los procesos (Daniel Levine y José Enrique Molina), frente a de los de alcance «ex post» que miran al éxito concreto de la propia gobernanza (Scott Mainwaring, Timothy Scully y Jorge Vargas-Cullell).

En una tercera sección, el libro aborda la preocupación inherente respecto a la medición de los grados de control efectivo desde el ámbito ciudadano a –y no sólo de

respuesta formal de los gobiernos, tal como lo propone Mikel Barreda en su texto. En esta parte, lo que destaca de manera interesante es el dilema técnico y la legitimidad metodológica que implica construir un índice o seleccionar variables con «autenticidad propia», o bien adaptar y saber combinar indicadores construidos desde ámbitos diversos (como los de Freedom House, Polity IV, Latinobarómetro, el IDH del PNUD, entre otros).

Esta estrategia enfrenta algunos dilemas como el de que puedan ser criticados por su falta de idoneidad y precisión respecto a las dimensiones y estándares para los que se les pretende aplicar, como bien lo señala Guillermo M. Cejudo en su contribución individual dentro del volumen, especialmente para mostrar que la calidad específica de los gobiernos (como componente de la calidad democrática en general) se está viendo amenazada por factores extrainstitucionales cada vez más perniciosos y poco medibles como lo suponen el crimen organizado o la violencia callejera, las cuales sustraen importantes tramos de soberanía a las capacidades del Estado y los gobiernos en general, cuestión evidentemente ligada al factor pluralista de las restricciones a los Ejecutivos como base de los argumentos a favor de la calidad orientada a la vertiente ciudadana.

A la vista, las mediciones comparadas incluidas en el volumen muestran que durante el presente siglo América Latina presenta dinámicas contrastantes de rendimiento y en el avance mismo de sus diseños institucionales. Por ejemplo, durante el presente siglo se ha cumplido cada vez más con un desempeño electoral y la conformación de los poderes públicos, pero sigue siendo bastante deficitaria en lo relativo al respeto de los principales derechos humanos. Mientras se presentan más factores de avance macroeconómico y crecimiento, esto no se transforma de manera puntual en reducción de la pobreza, la inflación y la distribución del ingreso, lo cual es una muestra evidente de que las diversas rutas analíticas propuestas colocan a la región latinoamericana en un horizonte todavía controversial y que requerirá un mayor consenso para avanzar en la dirección de una institucionalidad fuerte y una práctica ciudadana con mayor devolución de capacidades tanto participativas como decisorias, sobre todo si se pretende (como lo advierte esta recopilación) que haya una noción clara y satisfactoria de la democracia como principio y realidad sustantiva en nuestras sociedades y gobiernos.

Víctor ALARCÓN OLGUÍN